

hasta en su santa morada, y dá à entender que es dueño y Soberano de todo, se atemoriza el pecador; y aunque no se despoje de la voluntad de obrar mal, suspende à lo menos sus efectos, y teme que el rayo, cuyo ruido está oyendo, venga à herir su cabeza.

El hombre injusto conoce que sería cosa muy peligrosa para él el oprimir públicamente à sus próximos; y así, se vale de los ardidés, y no omite diligencia alguna para conseguir este fin: para esto emplea sin escrupulo las mas indignas vilezas, si ve que pueden contribuir à sus culpables designios: con tal que consiga despojar al infelíz, y vestirse con sus despojos, no repara en el fraude, en el artificio, en la perfidia, ni en el perjurio: atrae à sus redes à los que intenta perder, con palabras alhagueñas, y con demostraciones de amistad: los hace creer que en él han de hallar proteccion y asilo: los deslumbra con mil frívolas apariencias: no hace escrupulo de valerse del terrible nombre del Señor para confirmar sus promesas, si lo juzga necesario; pero quando ya se han fiado de él, y los tiene seguros entre sus lazos, se despoja de las vanas exterioridades de afabilidad y agrado: se manifiesta como un dueño bárbaro y cruel, que juzga serle lícito usar de qualquier rigor con su esclavo: le trata con la mayor barbaridad: le despedaza, sin que nada pueda mitigar su furor, mientras le queda al infelíz algun recurso para poder salir del abismo en que le ha precipitado.

DE LA ADULACION.

*Sermon para el dia de la Epiphanía. Tomo I.
fol. 313.*

SI examináramos atentamente nuestras obligaciones, nuestros tratos, y nuestras conversaciones, hallariamos que todos nuestros discursos, y todos nuestros pasos no son mas que mitigaciones de la verdad, y condescendencias para acomodarla à las preocupaciones, ò pasiones de aquellos con quienes tenemos que vivir: nunca les manifestamos la verdad, sino de modo que pueda agradarlos: siempre hallamos alguna excusa, aun para sus mas deplorables vicios; y como todas las pasiones se parecen à alguna virtud, siempre procuramos salvarlas con esta semejanza.

*Sermon para el dia de la Purificacion. Tom X.
fol. 6.*

LOS Grandes gustan de ser aplaudidos; y como entre todos los aplausos la imitacion es el mas lisonjero, y el menos equívoco, estamos seguros de agradarlos luego que procuramos parecerlos à ellos: gustan de hallar en sus imitadores la apología de sus vicios; y buscan en todas las cosas que los rodean, motivos con que asegurarse contra sí mismos.

Paráphrasis del Psalm. IX. Tom. IX. fol. 63.

CAusa admiracion el que los hombres sean tan injustos y disolutos, que se olviden de Dios en su prosperidad: todo quanto los rodea los engaña y adormece con continuas adulaciones: sus mas iníquos deseos, y sus mas culpables acciones hallan elogios

gios en unas bocas viles y mercenarias : à sus mas públicos vicios se dán los respetables nombres de las virtudes : juzgan que todo les es lícito , porque se les aplaude quanto hacen : no merecen conocer la verdad , porque no la aman : ellos mismos se aplauden sus pasiones , y gozan pacíficamente de su error : gustan de ser engañados ; y el engaño de la adulacion nunca falta à los que le desean , y se le pueden gran gear con recompensas.

*Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 23.*

EL que adula à sus Príncipes los hace traycion: tan culpable es la perfidia que los engaña , como la que los destrona : la verdad es el primer respeto que los debemos : hay muy poca distancia entre la mala fé de un adulador , y la de un rebelde: ningun caso hace del honor ni de la obligacion , el que no le hace de la verdad , que es la que únicamente honra al hombre , y el fundamento de todas sus obligaciones : la misma infamia con que se castiga la rebelion , y la perfidia , debiera estar destinada para la adulacion : la seguridad pública debe suplir à las leyes , que no la han contado entre los grandes delitos , para los que tienen determinados castigos ; porque no es menos delito atentar contra la buena fé de los Príncipes , que contra sus sagradas personas ; y es lo mismo faltarles à la verdad , que à la fidelidad ; pues no es menos temible el enemigo que intenta perdernos , que el adulador que solo procura agradarnos.

Ser-

*Sermon para el dia de la Epiphania. Tom. I.
fol. 314.*

EN presencia del ambicioso siempre hablamos del amor à la gloria , y de los deseos de conseguirla , como si fueran estas las únicas inclinaciones capaces de formar los grandes hombres : lisonjemos su soberbia: avivamos sus deseos con esperanzas , y con predicciones lisonjeras y quiméricas : fomentamos el error de su imaginacion , representandoles unas fantasmas que la sirven de sustento ; y aunque alguna vez nos atrevamos à lastimarnos en general de los hombres , porque se inquietan tanto por unas cosas que distribuye el acaso , y que mañana nos ha de quitar la muerte , no nos atrevemos à reprehender al insensato que sacrifica à este humo su sosiego , su vida y su conciencia.

En presencia de un vengativo justificamos su resentimiento y su ira : le disculpamos su delito , autorizando la justicia de sus quejas : condescendemos con su pasion , exagerando el agravio que le ha hecho su enemigo ; y aunque nos atrevemos à decir que es preciso perdonar , no nos atrevemos à añadir , que el primer paso del perdon es no volver à hablar de la injuria recibida.

En presencia de un cortesano , quexoso de su suerte , y embidioso de la agena , hablamos de sus rivales con desprecio : ocultamos con destreza su mérito y su fama , para que no ofendan à los ojos embidiosos del que nos escucha : minoramos y oscurecemos el resplandor de sus talentos y de sus servicios ; y con nuestras injustas condescendencias indisponemos mas su pasion , le ayudamos à cegarse , y à que mire los honores que se conceden à sus competidores , como si se los usurpáran à él.

En

En presencia de un pródigo damos à sus profusiones los nombres de generosidad y magnificencia : en presencia de un avaro tratamos su dureza y miseria de prudente moderacion, y de buen gobierno. En presencia de un Grande, sus preocupaciones y errores hallan siempre pronta en nosotros su apología : respetamos sus pasiones como su autoridad ; y miramos sus preocupaciones como propias nuestras.

*Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 21.*

LOS consejos agradables pocas veces son útiles ; y lo que lisonjea à los Soberanos, suele ser regularmente la desgracia de sus vasallos : con la adulacion se fortifican los vicios de los Grandes, y aun sus mismas virtudes se corrompen : ¿y qué remedio podrá quedar à unas pasiones que no hallan alrededor de sí sino elogios ? ¿Cómo podremos aborrecer y corregir en nosotros aquellos defectos que nos alaban, quando aun los que se nos censuran hallan en nuestro interior, no solamente afecto, sino tambien razones que los defienden ? Nosotros mismos nos formamos la apología de nuestros vicios ; ¿pues cómo podrá disiparse la ilusion, quando todo lo que nos rodea nos los representa como virtudes ?

Sermon para el Viernes Santo. Tom. X. fol. 130.

EL que no condesciende con las pasiones del Príncipe, mira propiamente por su gloria : mas vale exponerse à su indignacion, que faltarles à la fidelidad que se les ha jurado ; y si los Príncipes pueden contar con algun amigo fiel, deben buscarle entre aquellos que han tenido valor algunas veces para desagradarlos : quanto mayor es el número de los que

que continuamente le están aplaudiendo, mas respetable le debe parecer el hombre virtuoso, que se aparta de las públicas adulaciones ; pero este heroísmo de fidelidad es muy raro entre los hombres ; y es fatal destino de los Soberanos, que el mismo poder que multiplica alrededor de ellos los aduladores, hace tambien que sean mas raros los amigos.

*Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 22.*

UN solo vasallo fiel decide muchas veces de la felicidad de un reyno, y de la gloria de un Soberano ; y del mismo modo basta tambien un solo adulador para obscurecer toda la gloria del Príncipe, y ser causa de las mayores desgracias en un Imperio : de la adulacion nace la soberbia, y ésta es siempre el fatal escollo de todas las virtudes : el adulador, atribuyendo à los Grandes las prendas laudables que no tienen, dá motivo à que pierdan aquellas de que les habia dotado la naturaleza : muda en ocasion de vicios las inclinaciones que en ellos daban esperanzas de virtud : el valor degenera en presuncion : la magestad, que inspira el nacimiento, y que dice tambien en el Soberano, se convierte en una vana ferocidad, que le degrada y envilece : el amor à la fama que circúla en ellos con la sangre de los Reyes sus antepasados, se muda en una necia vanidad, que quisiera vér à sus pies al Universo entero ; que desea pelear solamente por tener el honor frívolo de vencer ; y que en vez de sujetar à sus enemigos, se adquiere otros nuevos, y arma contra sus pueblos à sus vecinos, y aliados : la humanidad, que tan amable es en la elevacion, y que es como el primer pensamiento que se inspira en el alma de los Reyes en su infancia, ciñendose à ciertas liberalidades excesivas, y à una familiaridad sin límites para con un corto número

mero de privados, dexa en sus corazones una sensible dureza para las miserias públicas. Aun las mismas obligaciones de la religion, de la que son los primeros protectores, y que fueron antes la mas seria ocupacion de su tierna edad, vienen à parecerles diversiones pueriles de la infancia.

*Sermon para el Martes de la III. Semana de Quaresma.
Tom. IV. fol. 2, 1.*

QUanto mas elevados os hallais, mas se os ocultan vuestras pasiones con el artificio de las alabanzas, menos llega à vosotros la verdad, mas se disfrazan à vuestra vista los que os tratan, para hacer que no os conozcais à vosotros mismos: mas dignos sois de lástima, porque todos los que andan alrededor de vosotros solo procuran engañaros, inspiraros sus pasiones, ó acomodarse à las vuestras: ésta es la desgracia de las Cortes, y la triste suerte de los Grandes: no gozan éstos del inocente placer de la sinceridad, sin el que nada hay amable en el trato con los hombres: viven entre unas gentes que no conocen que siempre que los han de tratar, se cubren con una máscara, y nunca vén en ellos mas que la superficie, y el artificio.

*Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 20.*

QUé azote son para los Príncipes estos hombres, que solamente parece nacieron para aplaudir sus pasiones, ó para armar lazos à su inocencia! ; Qué desgracia para los pueblos, quando los Príncipes se entregan à estos enemigos de su fama, pues son enemigos de la sabiduría y de la verdad! Los azotes de la guerra, y de la esterilidad son unos azotes pasajeros; y sucediendo à estos tiempos calamitosos otros mas felices, vuel-

vuelve la paz y la abundancia: es verdad que padecen los pueblos; pero la prudencia del gobierno les dá esperanzas de remedio: mas el azote de la adulacion no permite esperar ninguno: ésta es una calamidad para el Estado, que pronostica otras nuevas: la opresion de los pueblos, ocultada al Soberano, no los anuncia mas que pesadas cargas: los mas vivos lamentos de la pública miseria pasan plaza de murmuraciones: la adulacion pinta como temeridad digna de castigo à las quejas mas justas y respetuosas; y à la imposibilidad de obedecer se la dá el nombre de rebelion, y de mala voluntad que no quiere sujetarse.

*Sermon para el dia de la Purificacion. Tom. X.
fol. 9.*

SI los Príncipes se dexan embriagar de un excesivo amor à la fama, todo les inspira la desolacion y la guerra: y en este caso, ; cuántos pueblos se sacrifican al ídolo de su soberbia! ; De cuántas calamidades públicas son ellos solos los autores! ; Podrán acaso sus lágrimas lavar los campos cubiertos con la sangre de tantos inocentes! ; Podrá su arrepentimiento desarmar la indignacion del cielo, quando aun despues de su muerte dexan en la tierra tantas disensiones y desgracias! Si el amor à los placeres es en ellos superior al de la fama, entonces sirve à sus pasiones, todos anhelan à ser ministros de ellas, todo les facilita su cumplimiento, todo aviva sus deseos, y todo provee de armas à su sensualidad. Algunos vasallos indignos la favorecen, los aduladores la dán títulos honrosos, los autores profanos la celebran en sus poesías, y se agotan las Artes para variarlos los placeres: todo los talentos destinados por el Autor de la naturaleza à servir al buen orden y adorno de la sociedad, solo se emplean en servir al vicio.

*Sermon para el Martes de la III. Semana de Quaresma.
Tom. IV. fol. 251.*

Solamente la religion forma hombres verídicos, y sinceros; y unos hombres que sintiendo vivamente los desordenes de los Grandes, son incapaces de aplaudirselos: desean con ansia su salvacion; y asi, es imposible que con sus lisongeros consejos puedan ser cómplices de su perdicion eterna: puede suceder que callen, porque no siempre es tiempo de hablar; pero nunca hablarán sino para dar gloria á la verdad, y nunca halla en ellos el vicio aquellas viles adulaciones que le admiran, ni aquellas artificiosas condescendencias que le justifican: los Grandes aprenden de su boca lo que les dexa ignorar el tropel de aduladores de que están rodeados: solamente ellos se atreven á contradecirlos, y á defender el partido de la verdad, porque solamente ellos no temen el desagradar, con tal que sean útiles: solamente ellos no estudian las inclinaciones de los Grandes, para acomodar á ellas infamemente sus votos: cuidan sí de su obligacion para atraer á ella sus inclinaciones, porque solamente ellos aman mas sus personas que su elevacion; y aspiran mas á su salud eterna, que á sus beneficios.

Ser-

*Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 23.*

LOS Príncipes regularmente nacen virtuosos, y con unas inclinaciones dignas de su sangre: el nacimiento nos los dá como deben ser; y la adulacion los hace como son: las alabanzas los corrompen; y asi nadie se atreve á hablarlos el idioma de la verdad: ellos solos ignoran en su estado lo que ellos solos debieran saber: embian Ministros para que los informen de las cosas mas ocultas que pasan en las Cortes estrangeras, y en los mas remotos reynos; y nadie se atreve á decirlos lo que pasa en el suyo proprio. Su Trono está rodeado de discursos lisongeros: éstos se apoderan de todas las avenidas, sin dexar entrada á la verdad; y asi, el Soberano es el único estrangero en medio de sus pueblos: juzga que maneja las mas secretas máquinas del Imperio, è ignora aun los sucesos mas públicos: le ocultan sus pérdidas, y le aumentan sus ganancias: le minoran las miserias públicas; y tanto le respetan, que se burlan de él: nada vé como es en sí, y todo le parece tal como él lo desea.

DEL DISIMULO.

*Sermon para el Viernes de la I. Semana de Quaresma.
Tom. III. fol. 310.*

Nada le costaria tanto al hombre como el manifestarse como es en sí: como la soberbia es la principal de nuestras inclinaciones, y por otra parte el interior conocimiento de nuestros defectos no nos dexa ignorar que si nos manifestáramos como en la realidad somos, seriamos dignos del mayor desprecio: todos nacemos con un gran caudal de disimulo acerca de lo que pasa den-